

La misma escena se sucedía una y otra vez sin que Nío pudiese hacer nada para evitarlo. Trató de mantener la calma, pues, si quería salir de ahí, tendría que concentrarse, aunque ver la muerte de su familia a manos de los que un día fueron sus amigos le afectase profundamente.

A causa de sus años como mercenario intergaláctico conocía el funcionamiento de los bucles temporales, y no era para nada fácil salir de uno de ellos, y menos aún sin el transmutador de partículas; un objeto portátil con la capacidad de desestabilizar el espacio a su alrededor. Por tanto tendría que forzar una ruptura si quería escapar con vida de aquella prisión.

Esperó hasta el reinicio.

El selvático paisaje se mostraba una vez más frente a él, mientras sus antiguos compañeros se acercaban al container donde Anna y Linda se encontraban. El final estaba cerca una vez más, y, pese a que lo había vivido incontables veces, cada una de ellas era más dolorosa que la anterior. Se obligó a mantener la calma, se sentó sobre la densa hierba, cerró los ojos y esperó hasta el final. «Uno, dos, tres», contó.

La escena comenzó de nuevo y volvió a repetir el proceso. «Uno, dos, tres», volvió a contar.

La secuencia terminó y dio paso a la siguiente.

Con lágrimas en los ojos mientras escuchaba los gritos de su familia, el hombre volvió a cerrar los ojos y repitió el mismo proceso. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco», contó.

Había dado con el nexo de unión. Cada bucle temporal era distinto: unos repetían el mismo episodio un número determinado de veces, y entonces el ciclo volvía a empezar. Durante ese lapso de tiempo, quien se encontraba en el interior podía desestabilizar el proceso. Por suerte, aquella espiral de tiempo únicamente estaba

formada por tres de estos eventos, de modo que la espera hasta llegar al punto clave se reducía.

La primera escena de la secuencia comenzó, y Nío, con rapidez, corrió hacia el container. La pareja, ataviada con las armaduras de El Gobierno Soberano, se preparaba, garrafas de gasolina en mano, para hacer arder la vivienda, cuando su puño golpeó el rostro de uno de ellos, lo que provocó que este cayese al suelo, derramando el líquido inflamable por el terreno. Acto seguido, se acercó lentamente hacia el segundo de los soldados, quien había desenfundado su espada y lo esperaba en guardia.

—No hay nada que puedas hacer —dijo el soldado.

—Eso ya lo veremos —contestó el aludido.

En ese momento, Nío corrió hacia el interior del container.

Apenas había traspasado la entrada, cuando una andanada de fuego cubrió la metálica vivienda. Las llamas crecían a cada segundo, lo que impidió que el padre de familia pudiese hacer nada para evitarlo.

El bucle se reinició.

No hubo tiempo para pensar una estrategia, pues, si quería tener éxito, debía ser más rápido que la vez anterior. Ya había intentado salvar a los suyos en incontables ocasiones y con los mismos resultados, de modo que su objetivo se centraba en priorizar la salida de aquel lugar más que cualquier otra cosa. Sabía que aquello era tan real como que estaba vivo, y que, si conseguía salvar a su familia, las recuperaría, pero conocía bien la función de un bucle temporal. Así pues, tras haber realizado todos los trucos conocidos, decidió dejarlas ir y salir de aquella cárcel antes de que fuese demasiado tarde, o se pasaría la eternidad reviviendo aquella escena.

Con rapidez corrió hacia uno de los soldados, mientras este, sorprendido por su llegada, dejaba caer el recipiente de gasolina al

suelo; su compañero desenvainó su espada con nerviosismo. Nío comenzó a forcejear con el primero de los hombres. No disponía de mucho tiempo, pues parecía que el segundo soldado había decidido no intervenir, ya que había arrojado su arma al suelo para recoger una de las garrafas de crudo. Durante la lucha, Nío sintió cómo la temperatura del lugar aumentaba mientras continuaba luchando cuerpo a cuerpo contra su adversario, el cual trataba de zafarse. En ese instante, el soldado barrió con su pierna los pies de Nío, quien cayó al suelo. «Otra vez no», pensó mientras volvía a ver cómo el container ardía.

La espiral temporal se reinició.

La escena comenzó y Nío abrió su puño. Había conseguido arrancar del uniforme de aquel soldado la insignia de El Gobierno Soberano. «Una anomalía», pensó. Aquel pedazo de metal era la única llave para huir, o al menos esperaba que así fuese.

El tercer reinicio era clave, ya que tras él transcurrirían cinco segundos hasta que todo volviese a empezar. Debía concentrarse.

Con paso tranquilo caminó hacia el lugar donde, hacía ya incontables ciclos, había aparecido la grieta, y esperó. De nuevo el container ardió, y con él ardió su familia. Era consciente de que si aquello salía bien no volvería a ver a su esposa y a su hija. «Aunque me quede, jamás las recuperaré», pensó con los ojos cristalinos. En ese instante, la tercera fase terminó y Nío comenzó a contar. «Uno, dos, ¡tres!». Acto seguido, la grieta apareció de nuevo, aunque esta vez era de menor tamaño. El hombre arrojó la insignia hacia ella y el evento comenzó a aumentar de volumen al tiempo que múltiples destellos blanquecinos corrían a su alrededor. No había tiempo para analizar, pues el bucle estaba a punto de reiniciarse.

El hombre corrió hacia la grieta y se abalanzó sobre ella. En un abrir y cerrar de ojos, todo se volvió oscuro para él.

«¿Qué ocurre?», pensó al tiempo que frotaba sus ojos con la intención de ver entre la negrura.

Todo parecía haberse detenido. Desconocía la situación en la que se encontraba, pues jamás había tratado de salir de semejante cárcel.

Segundos más tarde, un fuerte estruendo sonó y, como un rayo, el selvático paisaje apareció ante sus ojos. Había conseguido escapar, pues su posición no era la misma que la que repetía una y otra vez en el interior de aquella infinitud. A poco metros de él, el calcinado container se teñía de negro.

Nío corrió al interior de la vivienda con la esperanza de encontrar a su familia para, al menos, darle una sepultura digna, pero nada encontró más que mobiliario. Lentamente, el hombre caminó hacia una de las esquinas, lo que reveló varias marcas en una de las paredes, las cuales dibujaban las siluetas de una persona adulta y un infante. «El fuego llegó hasta aquí, corrieron hasta este extremo de la casa, pero sus cadáveres, pese a haber sido quemados, no se encuentran aquí», pensó.

No había duda. El Gobierno Soberano se había deshecho de ellas para darle una lección, pues eran conscientes de que existía la posibilidad de que pudiese escapar.

Con el ceño fruncido, Nío se acercó a uno de los catres que se encontraban a un lado del container, se agachó y arrastró un metálico cofre que se hallaba bajo el negruzco camastro, recorrió con la mirada el suelo a su alrededor, agarró un trozo de metal, el cual había sido fundido por el fuego, e hizo palanca sobre el candado de aquel arcón hasta que este cedió. Decidido, introdujo su mano en el interior, sacó unos pantalones estilo militar junto con una chaqueta de cuero y un par de hombreras metálicas y las colocó en el calcinado suelo.

Tras haber cambiado sus ropajes, el padre de familia retiró del interior del arcón una larga espada, la cual le había acompañado durante sus años como mercenario, y la introdujo en la vaina que colgaba de su ancho cinturón. «Estoy preparado», pensó mientras ataba los cordones de sus botas. Acto seguido, salió del container a toda prisa.

Mientras corría a través de la densa vegetación, un sentimiento de rabia y dolor lo invadió, pues en el pasado juró que jamás volvería a vestir aquel uniforme, ya que sus años de mercenario intergaláctico terminaron cuando conoció a Anna, pero ahora no tenía motivos para seguir en aquel lugar. Solo una palabra resonaba en su cabeza como un fuerte eco: venganza.

En ese instante, una grieta espacial se abrió a sus espaldas sin que Nío se percatase de ello; un hombre esperaba tras ella. Segundos después, esta desapareció.